

Capítulo Uno - Persiguiendo la Luz del Sol

- Capítulo Uno - Persiguiendo la Luz del Sol

Capítulo Uno - Persiguiendo la Luz del Sol

“Sunlight is a myth.”

“Le aseguro, capitán, que no lo es,” dijo Jonathan Heights, pasando una mano imaginaria por la manga de su impecable traje a medida. “He visto la luz con mis propios ojos, y mis ojos son muy, muy buenos.”

“¿De verdad?” cuestionó el capitán Montgomery con duda, entrecerrando los ojos mientras lo miraba. “¿Y cómo es?”.

“Es la cosa más hermosa que he visto en mi vida,” afirmó Jonathan sinceramente, cerrando los ojos un instante para que aquel sagrado espectáculo regresara a su memoria. La claridad y pureza de aquel rayo único de luz descendiendo desde el cielo se había grabado para siempre en su alma, haciendo que el resto del mundo pareciera opaco y árido en comparación, a la vez que le otorgaba fortaleza y propósito. “Y tú, buen capitán, tienes la oportunidad de verlo por ti mismo.”

“¿Sí? ¿Por qué yo?” frunció el ceño el capitán Montgomery. “El Endeavor no está en las mejores condiciones ahora mismo.” Jonathan inclinó la cabeza, cediendo en su argumento. La embarcación que había visto en el astillero parecían más restos que un barco, casi fundida y disuelta, el envoltorio casi quemado y partes de la superestructura agrietadas por detonaciones luminíferas. Desde cualquier perspectiva, parecía una mala apuesta para una empresa.

“Tres buenas razones.” Jonathan sonrió al capitán. “Primero, lograste traer eso de regreso al puerto. Segundo, has volado durante mucho tiempo y tienes una reputación excelente. Y tercero, estás desesperado.”

“No deberías mencionar esa última,” gruñó Montgomery, alzando su copa y viendo que estaba vacía. La levantó para llamar la atención del camarero y luego volvió su mirada a Jonathan.

“Cuatro, estás ahogando tus penas aquí en lugar de en un tugurio de mala muerte,” dijo Jonathan, mirando alrededor del interior limpio y bien iluminado de La Probabilidad. Probablemente, el mejor restaurante que cualquiera podía encontrar en el barrio portuario. En lugar de rocas ásperas y planchas de mirmecolito pálido, tenía azulejos pulidos y paredes lijadas y teñidas del color del oro bruñido. “Aprecio a un hombre de gusto refinado.”

“¿Sí? Bueno, yo aprecio a alguien que va directo al grano. Claro que buscas la luz del sol. Puedo creerlo. Sí, he oído hablar de ti,” dijo Montgomery casi acusadoramente. “Incluso podría tentarme a aceptar el trabajo. El problema es que no hay manera de que puedas hacerlo valer mi esfuerzo.”

“¿De verdad?” reaccionó Jonathan, tomando el estuche de metal que descansaba junto a su silla.
“¿Crees que estoy en la bancarrota?”

“Todo el mundo sabe que tu última expedición fue un desastre. ¡Fue incluso en los periódicos!” exclamó Montgomery, recostándose mientras la camarera traía una botella de licor. “Pero aunque estuvieras en buena situación, prácticamente tendrías que comprarme un barco nuevo y—”

Se detuvo en seco mientras Jonathan colocaba casualmente el estuche sobre la mesa, provocando un gemido en la madera de mirmecolito. Los ojos de Montgomery se entrecerraron al ver cómo Jonathan giraba el estuche para que le quedara enfrente y levantaba los cierres, revelando su contenido: oro. Mucho oro. Placas planas dispuestas en columnas y sujetas con acero, y en la tapa seis luminíferos gemas, insertadas cuidadosamente para evitar daños por el resto del contenido.

“¡Cierra eso ya!” susurró Montgomery, haciendo que la tapa golpeará con fuerza y mirando a su alrededor. La cafetería estaba llena de marineros codiciosos y, a pesar de su civismo, velada por expertos en tratos oscuros. Probó a levantar el estuche con ambas manos y apenas pudo con él, mientras Jonathan con una sola mano lo hacía con facilidad.

“¿Intentas que nos maten?” señaló alrededor a los demás clientes, y se tapó los ojos en dirección a la puerta, donde un par de hombres maltrechos estaban siendo vigilados por los matones del local — que no se dignarían a llamarse guardias. Jonathan no había entrado en el restaurante sin ser molestado. “¿Eso, en plena vista, así, abiertamente?”

—Como mencionaste, prácticamente tendría que comprarte un barco nuevo —dijo Jonathan, sonriendo cada vez más. Algunas de sus dientes parecían ser ligeramente más agudos de lo que deberían. —Vamos hacia el este. Muy, muy al este. Necesitas reacondicionar el Endeavor para viajes de larga distancia, incluyendo instalaciones de destilación y piezas de repuesto. Cuéntame como pasajero, y quizás tres o cuatro más.

—¿De verdad? —Montgomery reflexionó, olvidando su bebida. Tanto oro podía concentrar la mente de cualquier hombre, sin mencionar las gemas. Aunque también valían dinero, eran más útiles como núcleos para nuevos motores o armas. Cosas que el Endeavor urgía en necesidad de tener. —Todavía no entiendo. Si esto es todo lo que tienes, podrías comprar un buque de guerra nuevo y elegante. Entonces, ¿por qué molestar conmigo?

—Has estado allá afuera —dijo Jonathan, dejando caer su sonrisa. Sumamente serio, sus oscuros ojos fijaron a Montgomery en su lugar. —Sabes cómo es en realidad más allá de los muros. Ningún tripulante naval comprenderá en verdad. Incluso el barco más lujoso no sobreviviría sin una tripulación que conozca la oscuridad.

—Eso sí lo creo —dijo Montgomery, volviéndose hacia la botella, sirviéndose un trago y alzando la copa en señal de brindis hacia Jonathan, quien inclinó la cabeza con gesto de aprobación.

—Tú tampoco, a pesar de tu experiencia, estás afiliado a la Sociedad de Exploración, los autores del artículo en el periódico —frunció el ceño Jonathan, golpeando suavemente la tapa de la caja con los dedos. —Unos buitres. Me han acechado desde que regresé, llenos de envidia. Aunque a ti te molestarán menos, te sugiero que simplemente los ignores.

—Ya veo quiénes eran —dijo Montgomery, mirando de nuevo a la pareja al frente del restaurante. A pesar del valor de la caja en manos de Jonathan, ellos no buscaban el dinero, sino sus intenciones. Sus demandas por conocer los asuntos de Jonathan solo eran el graznar de viejos envidiosos y entrometidos.

—Supongo que si esos tipos se te atraviesan, sabrás cómo resolverlo —dijo Jonathan con indiferencia.

—No es que tenga nada en contra de ellos, pero no entiendo por qué lo que hago es asunto de nadie más. Bueno, tal vez solo del recaudador de impuestos —bromeó Montgomery con una risa.

—La Corona siempre cobra lo suyo —asintió Jonathan. —¿Hacemos un trato? —Extendió la mano sobre la mesa.

—¿Haces tratos de esa magnitud solo con un apretón de manos? —preguntó Montgomery, aunque finalmente extendió su mano para tomar la de Jonathan.

—Si no puedo confiar en ti en esto, ¿cómo voy a confiar en ti para volar contigo? —preguntó Jonathan.

—Es una buena observación —contestó Montgomery.

—Ven a verme mañana en mi finca —dijo Jonathan, levantándose y tomando nuevamente la caja. La sostuvo con una mano, apoyando la otra en su bastón. —No creo que quieras encargarte de esto todavía con esta bebida en la cabeza.

—Demasiado costoso para mí —admitió Montgomery. —Le diré a la tripulación. Saludos, señor Heights.

—Que pases una buena noche, capitán —dijo Jonathan, tocando el suelo de baldosas con su bastón mientras salía. Las luces de zint iluminaban la piedra blanca del Barrio Portuario, donde carruajes iba y venía por la calle nivelada. La mayoría ya no eran tirados por animales, sino alimentados con luminíferos terrestres destiladas, o simplemente zint, como todos le decían por el sonido que hacían los extractores. El suyo no era la excepción, y una ola de su bastón llamó a su cochero, que maniobró el carruaje hasta la acera.

—¿Alguna novedad, señor? —preguntó amablemente Johann, manteniendo abierta la puerta. Jonathan cruzó las enormes ruedas de madera que casi alcanzaban el nivel de las ventanas y subió los peldaños hacia el interior cerrado.

—Algunas —confirmó Jonathan, depositando con cuidado el valise y acomodándose en el asiento trasero. A pesar de la riqueza que había mostrado a Montgomery, el carruaje en sí era de un diseño bastante modesto, lo suficientemente grande para solo dos o tres personas en la parte trasera y con asientos menos lujosos que los modelos verdaderamente opulentos.

—Me alegro de escuchar eso, señor —dijo Johann, cerrando la puerta tras él antes de tomar su lugar en la parte delantera y activar la palanca de manejo, dirigiéndolo al tráfico. Jonathan

observaba cómo la ciudad desfilaba ante sus ojos mientras Johann conducía de regreso a su modesta finca en el Barrio de los Comerciantes.

Beacon, llamado así por motivos evidentes, era una ciudad de piedra blanca, luces brillantes y sombras profundas. El Zint-note estaba presente en todas partes, aunque en algunos sectores de la ciudad aún estaban limpiando la ceniza acumulada de siglos de antorchas y iluminación a gas. Aunque en ciertos aspectos era su hogar, a Jonathan nunca le había gustado realmente el lugar. Había algo deshonesto en la luz de Beacon, a pesar de los miles de habitantes que prosperaban dentro de sus muros. A pesar de ser la fuente de toda la tecnología y maquinaria de la que se beneficiaba, la oscuridad mortal del mundo exterior parecía más auténtica, y solo la luz solar, en su honestidad, lograba iluminarlo realmente.

El carruaje se fue alejando de los puertos, atravesando almacenes, residencias, tiendas, cuarteles, muros y puertas. Los ojos de Jonathan estaban ensombrecidos mientras observaba, una mano descansando suavemente sobre el valise para estabilizarlo mientras el carruaje rodaba sobre desniveles y se sacudía por los baches en la carretera. Su finca era modesta, la parte superior de un edificio antiguo cerca de la puerta hacia el Barrio Industrial, y subió los peldaños cuando Johann estacionó el carruaje en la parte trasera.

Agnes, su ama de llaves, abrió la puerta unos momentos después de que él golpeará con su bastón, y entró de inmediato con el valise en la mano. Le asintió y caminó por un pasillo adornado con los bienes saqueados de expediciones pasadas: una tableta cubierta de un guion inentendible, una flor cristalina que nunca marchitaba, un busto de un dios serpentino inhumano tallado en piedra negra, antes de entrar en la sala de estar. Allí ardía un fuego de gas en la chimenea, a pesar de que toda la ciudad estaba principalmente calefaccionada con vapor, y colocó el valise sobre la pequeña mesa junto a su vieja butaca, en frente del fuego.

Jonathan permaneció en espera, apoyado en su bastón, hasta que Agnes entró para entregar una bandeja con una botella de whisky y un vaso antes de retirarse. Se volvió hacia la bandeja como si fuera a servirse una copa, pero de repente se giró abruptamente, sujetando la mitad del bastón con una mano mientras una hoja sin filo silbaba en el aire. Se detuvo en el aire con el tintinear del metal, y una larga daga se hizo visible, seguida por su portadora: una joven vestida con un abrigo grande de color carbón, con cabello oscuro y rojo asomándose por debajo de un sombrero cloche.

—No deberías poder verme —comentó con naturalidad.

—Tampoco deberías poder evitar la luz —replicó Jonathan, sheathing su espada—. Pero aquí estamos. Sinceramente, has llegado antes de lo que esperaba. ¿Cómo estás, Eleanor? —Ella frunció el ceño y tomó la daga, suspiró y se dejó caer sin resistencia en una de sus sillas.

"Después de mostrar tanto dinero, sabes que el Consejo Reflexivo querrá saber qué está ocurriendo. Y cómo podrían obtener una parte." Sopló una exasperada bocanada de aire sobre un mechón de cabello que se desplazaba para cubrir un ojo. "Realmente voy a pagar cuando descubran que me notaste."

"Si lo descubren," dijo Jonathan. "Sinceramente, esperaba que te enviaran a ti. Así me ahorrraba el tiempo de encontrarte de otra manera." Encontró que el Consejo, que se autodenominaba los

gobernantes de todas las sombras proyectadas por la luz del Rey Iluminado, era peligroso pero útil. También contaba con el respaldo de autoridad debido a sus tratos con la nobleza superior, y al simple hecho de que el Rey no los había aplastado.

"¿Sí?" Eleanor lo observó, entrecerrando los ojos mientras ponderaba sus palabras. "Es una locura tonta hacer que el Consejo Reflexivo vaya tras de ti a propósito."

"Probablemente," aceptó Jonathan con una amplia sonrisa. "Pero eso te trajo aquí, ¿verdad?"

"¿Sí?" dijo Eleanor con escepticismo. "¿Y cuál es tu propuesta? ¿Vas a jugarme en contra del Consejo?"

"Nada tan atrevido," respondió Jonathan con cautela. "Solo quiero invitarte a una expedición. El Consejo ya quiere tener a un espía conmigo, así que ¿por qué no uno que pueda poner su parte?"

"¿Otra expedición después de la última?" se mofó Eleanor. "Para que me deje morir como a la otra vieja con cara de piedra y — ¡urk!" La férrea mano de Jonathan sobre su garganta ahogó el resto de su maldición, manteniéndola contra el respaldo de la silla en un instante cuando acertó la distancia. Sus manos fueron hacia su daga por reflejo, pero se detuvieron al ver la expresión en los ojos de Jonathan.

"Yo no dejé a nadie," dijo Jonathan, con una voz fría y dura como acero martillado. "No traicioné a nadie. Simplemente no fuimos iguales a lo que descubrimos allá fuera — una deficiencia que voy a corregir. Que me tache de mentiroso si quiere, pero si cuestiona mi honor tendremos problemas." La soltó, retrocediendo y apoyándose en su bastón, casual como siempre. "¿Me comprende?"

Las manos de Eleanor fueron a su garganta mientras respiraba con dificultad. Un toque de temor coloreó sus ojos al mirar a Jonathan, quien ya no era el mismo hombre que había sido en su último encuentro. De joven quizás habría sido más tolerante, pero había visto la luz y ahora no vacilaba en eliminar a quienes se interponían en su camino.

"Lo entiendo," dijo finalmente, masajeándose la garganta. "Supongo que no debí haberte acusado," admitió con desgano, y él inclinó la cabeza, ambos dispuestos a dejar atrás la disputa. "Pero el Consejo Reflexivo mismo no te creerá. Y exigirán más de ti que antes, puesto que Stoneface nunca regresó."

"Entonces diles que cualquier otro agente que intenten enviarte estará muerto antes de que abandonemos la ciudad," dijo Jonathan con naturalidad, girando su bastón. "Esto es en serio, Eleanor. Encontré la luz del sol."

"¿Eso es todo?" exclamó ella incrédula. "¿Esa vieja historia de fantasmas?"

"Si la hubieras visto, lo entenderías," le dijo, apoyándose nuevamente en su bastón. Se acercó a la bandeja y destapó la botella. "¿Scottish?"

"No, gracias," dijo Eleanor, tosiendo una o dos veces. "Debería regresar. Si no vuelvo con oro, tendré que inventar una buena historia."

"Por supuesto," aceptó Jonathan. "Tómate tu tiempo. Después de todo, no partiremos mañana."

Eleanor se levantó, mirando todavía con desconfianza, y se deslizó en las sombras. No se escucharon puertas abrirse o cerrarse, pero Jonathan no lo esperaba. En cambio, tarareó para sí mismo y observó el fuego mientras bebía de su copa, pensando en el porvenir.

Cuando llegó la convocatoria al Palacio al día siguiente, Jonathan no sintió demasiada sorpresa. Era una molestia, y probablemente la Consejería Reflexionada le había lanzado esa tarea como castigo por avergonzarlos, incluso de forma indirecta, pero él podía afrontarla. El único obstáculo sería si el Rey Iluminado decidía prohibirle abandonar la ciudad por completo, y ni siquiera eso lo detendría. No por mucho tiempo.

Jonathan estaba dispuesto a marcharse, de una u otra manera.

El Palacio era un edificio de columnas y zint, con arcos blancos y altos atravesados por venas de luminífera terrestre, y soldados con rifles y espadas doradas blancas estaban apostados en cada encrucijada. La torre central, una espiral coronada de ventanas y adornada abundantemente con luces de zint, se elevaba imponente sobre la muralla exterior. La vara de Jonathan resonaba contra el suelo de piedra mientras seguía a su guía a través de las puertas exteriores y rodeaba el enorme patio interior que rodeaba la torre. El suelo estaba cubierto de musgo azulverdoso, y enredaderas talladas con esmero portaban pequeños frutos rojos que cubrían estatuas esculpidas.

Funcionarios de la corte y advenedizos paseaban por el patio, discutiendo asuntos de estado o los últimos chismes, aunque en la mayoría de los casos no había mucha diferencia entre ambos. Jonathan no reconocía a ninguno, aunque nunca había estado familiarizado con los círculos de la nobleza más alta. Consideró a los tipos vestidos de blanco como poco más que parásitos, intentando extraer significado de su proximidad al Rey Iluminado.

Incluso si la convocatoria al Palacio no fue una sorpresa, Jonathan sintió cómo se le levantaban las cejas al pasar junto a los oficinas menores, en el camino hacia la torre central. Había esperado ser retenido varias horas y tener algunas discusiones con ciertos burócratas de menor nivel. Se preveía soborno, cumplidos insinceros, tal vez alguna advertencia velada. Pero, al llegar al Luminario, Jonathan se encontró profundamente desconfiado.

Los guardias a ambos lados de la pesada puerta de acero trabajaron juntos para girar la rueda que la abría, y Jonathan entró con paso firme. Era en cierto modo una habitación sencilla, tallada en piedra, con un estrado para peticionarios en el centro y un balcón elevado al otro extremo, pero había algo en ella que le hacía cosquillearle la nuca. En el Luminario no había más que luz de zint. No existían sombras, ni colores, la piedra blanca reflejaba exactamente el tono de la luz de zint. No había decoraciones que distrajeran la vista, nada más que un santuario a la luz de zint — y al Rey que la manejaba.

A pesar de su inquietud acerca de la cámara, Jonathan ascendió los pocos escalones hacia el estrado, permaneciendo en el centro hasta que resonó un tono. Se arrojó de rodillas, con la cabeza en alto. Aunque no era el más ferviente partidario del Rey Iluminado, no habría osado mostrar falta de respeto. No había ningún sonido ni cambio en la iluminación que pudiera percibir, pero de repente el vello de la nuca de Jonathan se erizó, y supo que no estaba solo.

—Puedes levantarte — resonó una voz profunda y resonante, algo que Jonathan pudo sentir en sus propios huesos. Se puso de pie y miró hacia arriba, en dirección al Rey Iluminado.

Todos en Beacon habían visto al Rey Iluminado desde lejos, en la cima de los muros del palacio, donde potentes focos le otorgaban un resplandor radiante. No había focos en la sala, ni un brillo cegador, pero el Rey Iluminado aún estaba envuelto en una especie de resplandor, una silueta en reversa. La luz era tan intensa que borraba cualquier rasgo, aunque de alguna manera Jonathan podía mirarlo directamente, sin saber si atribuir eso a algún talento especial del Rey o a su propia experiencia con una luz más real que la de zint.

“Jonathan Heights,” dijo el Rey Iluminado. “Ha llegado a Nuestro conocimiento que estás financiando una expedición hacia el este.”

“Sí, Su Majestad,” respondió Jonathan, su mente inmediatamente yéndose hacia el caso escondido en su finca. Nunca presumió que el Rey Iluminado notara personalmente sus actividades, y si había sospechas suficientes sobre el origen de sus fondos o los propósitos de la expedición, habría problemas. Escapar del Palacio o de las mazmorras sería, por decir lo menos, difícil.

“Siguiendo los pasos de tu padre,” comentó el Rey Iluminado.

“Sí, Su Majestad,” reiteró Jonathan, cada vez más inquieto por el rumbo de la conversación. Sin duda el Rey Iluminado tendría cosas más importantes que atender que a exploradores modestos como Reginald Heights. El propio Jonathan no era más famoso, y el viejo club de la Sociedad de Exploradores incluso le había revocado su membresía antes de esa última expedición hacia el lejano este.

Simplemente pensó que era celos y snobismo, ya que ninguno de ellos había llegado tan lejos en esa dirección. Sin embargo, no le habían enviado mensaje alguno desde su regreso, ni siquiera para mofarse, lo cual le pareció muy extraño. Si el Rey Iluminado se había interesado, quizás había algo más detrás.

“Hay noticias de que has encontrado la luz del sol,” continuó el Rey Iluminado. “Tenemos un interés particular en este asunto.” Jonathan asintió, aunque dudaba mucho de las palabras del Rey Iluminado. Aunque era cierto que, a pesar del brillo de esa luz, ésta poseía una cualidad hueca en comparación con el recuerdo de esa única visión del resplandor solar. Bien podía creer que el Rey Iluminado quisiera aprovechar esa cualidad de alguna manera.

“Con ese propósito, enviarán a alguien para salvaguardar Nuestros intereses,” dijo el Rey Iluminado, y Jonathan contuvo un estremecimiento. Ser un agente directo del Rey Iluminado sería difícil de tratar, y no tenía ganas de explicar eso a Eleanor. Tampoco disfrutaba de la tensión adicional de alimentar y alojar a lo que probablemente era toda una comitiva en un barco que ya estaría bastante concurrido. “A cambio, les otorgaremos nuestra insignia, para que puedan facilitar sus preparativos.”

De repente, Jonathan se encontró sosteniendo una moneda blanca grabada, que emitía un débil resplandor, sin recordar ni entender cómo había llegado allí. Tuvo que contener un escalofrío, sus nudillos se blanquearon en su bastón, y reconsideró lo que pensaba del Rey Iluminado. Algunos de

los pasajes más crípticos de las notas de su padre adquirieron un nuevo significado, y su desconfianza hacia la monarquía se volvió algo más que desprecio por las falencias de una nobleza corrupta.

“Su Majestad es sumamente generoso,” logró decir Jonathan.

“Sí,” dijo el Rey Iluminado, con su voz profunda casi divertida. “Lo somos.” La luz brillante se apagó, y él desapareció. La misma tonalidad resonó una vez más y se oyó el sonido de la puerta abriéndose tras él, lo que Jonathan interpretó como el fin de la audiencia. Guardó la brillante moneda blanca en el bolsillo del pecho de su traje y se inclinó en saludo hacia el balcón vacío por cortesía, antes de volver a salir hacia la luz más razonable y los colores que no fueran blanco.

Por mucho que la atención real fuera incómoda, la insignia era bastante útil. Jonathan la contempló mientras Johann conducía la carreta de regreso a su finca, rodando la moneda entre sus dedos. Aunque no pudiera pagar nada con ella directamente, abría puertas en los mejores astilleros y a los artesanos de zint, lugares que el dinero solo no lograba alcanzar. Una vez más, subió las escaleras hacia su modesta propiedad, y cuando Agnes lo dejó entrar, ella señaló hacia la pequeña sala del frente.

“Un Capitán Montgomery aquí para verlo, señor,” dijo ella. “Ha estado esperando casi media hora.”

“Gracias, Agnes,” dijo Jonathan, alzando la mano para tocar la moneda en su bolsillo del pecho. “indíquele que pase a mi estudio.”

“Enseguida, señor,” respondió Agnes con una reverencia, y Jonathan subió al siguiente piso, entrando en una pequeña sala llena de libros y objetos, algunos demasiado frágiles o polémicos para exhibir en los pasillos. Los más peligrosos estaban guardados en la caja fuerte, pero los restos de papel y fragmentos de cerámica en las vitrinas en sus estanterías sugerían ciudades y civilizaciones que oficialmente nunca existieron. Su joya más preciada era un mapa antiguo, dibujado sobre un pedazo de tela en estado ruinoso y desmoronado, que señalaba con un símbolo ominoso en rojo desvaído el lugar donde eventualmente estaría la ciudad de Beacon.

Los objetos en el estudio estaban dispuestos de tal forma que provocaban incomodidad y temor, cada estatua grotesca o símbolo enmarcado juntos para insultar la vista y la mente. Para la mayoría, sería suficiente apartarse del cuarto, lleno de una certidumbre indescriptible de que no deberían estar allí. Los ojos de Jonathan veían a través de ello, como había visto cosas mucho más extrañas y profundas en sus viajes.

Una mirada alrededor mostraba que, pese al interés del Consejo Reflejado por su tesoro, no había habido intentos de saquear su estudio. No que hubieran llegado lejos con sus métodos habituales, dado dónde había sido almacenada la caja de dinero. Apartó su bastón y tomó un fragmento de espejo distorsionado de donde estaba montado en la pared, ajustándolo para reflejar la caja fuerte, y extendió la mano para deslizar los dedos en una serie de ranuras en la parte superior de la caja fuerte pesada de piso. Dentro de cada una, había un interruptor que requería toda su fuerza para activar, y unos muelles rígidos permitían abrir el compartimento secreto en la parte superior de la caja de hierro con un clic. Aún usando el espejo, retiró la caja y la colocó sobre su escritorio, cerrando luego el compartimento oculto y devolviendo el fragmento de espejo a su lugar.

Todo el proceso ocurrió en unos pocos segundos, por lo que estuvo sentado y esperando cuando Agnes anunció la entrada de Montgomery y Jonathan le indicó que tomara asiento. A pesar del alcohol que sin duda había consumido la noche anterior, parecía fresco, alerta y profesional. La uniforme azul oscuro del aviador estaba impecable, y sus alas de capitán brillaban con un lustre reciente. Sin embargo, su rostro se afilaba ligeramente mientras se acomodaba en la silla de respaldo alto.

“Entiendo que esta mañana te llamaron al Palacio,” dijo en tono de charla. “¿S — todavía sigue en pie el trato?”

“Por supuesto que sí,” le aseguró Jonathan, sonriendo y mostrando la moneda blanca con un hábil movimiento de manos, exhibiéndola a Montgomery. “No solo sigue vigente, sino que también nos darán preferencia para renovar la Endeavor.”

“Ah.” Montgomery parpadeó, observando la pieza de metal que emitía un suave resplandor. “¡Vaya con Dios,” dijo. “No pensaba que estuvieras tan bien conectado.”

“Es conveniente tener amigos en lugares de poder,” afirmó Jonathan humildemente, sin preocuparse por la apariencia de falsedad en su relato. “Supongo que hoy querrás un adelanto y un pagaré para comenzar el proceso. Aunque para cualquiera cosa que requiera esto, necesitaré acompañarte.” Sostuvo la moneda y luego la volvió a esconder en su mano. Aunque pesada, la insignia del Rey Iluminado era algo que no soltaba de entre sus dedos.

“Sí, necesito reunir a mi tripulación otra vez,” señaló Montgomery, con el rostro curtido que se arrugaba de nuevo, aunque más por reflexión que por angustia. “Además, necesito un nuevo cocinero y al menos dos mecánicos...”

"Dejaré esas cuestiones en tus hábiles manos," le dijo Jonathan. "En lo que respecta a la carga, tengo amplia experiencia en la preparación de expediciones semejantes y te proporcionaré un punto de partida. Por supuesto, solo conoceremos el tonelaje exacto del Endeavor tras la renovación, pero podemos comenzar a enviar suministros en tren hacia Punta Danby." Podrían recorrer en mucho menos tiempo los más de cien kilómetros hasta el punto oriental del reino si el Endeavor no estuviera completamente cargado y, considerando todas las circunstancias, resultaba más económico enviar las provisiones por tren. Él levantó la caja y la abrió nuevamente, extrayendo varias de las planchas doradas en blanco y deslizándolas hacia Montgomery. "Confío en que cambiar estas será un asunto sencillo, ¿verdad?"

"En absoluto," respondió Montgomery, con un destello en los ojos mientras recogía las planchas y las introducía en el bolsillo interior de su saco. "Quizás esté familiarizado con tratos que puedan escapar a la vista de los impuestos y aduanas de la Corona."

"Pensaría menos de ti si no fuera así," dijo Jonathan con una sonrisa. "Yo mismo he encontrado útil a ese tipo de gente en más de una ocasión." Sin embargo, la buena amistad de capitán podría verse superada por lo que el intercambio implicaba, con el Consejo Espejado vigilando todo con ojo atento. Después de todo, querrían alentar el gasto del oro para obtener su parte.

Pero si llegaran a robar a Montgomery, estarían en un grave problema con él. Un descontento que quizás no podrían soportar.

Montgomery permaneció un rato más, intercambiando historias con los dos hombres sobre sus aventuras más allá de las murallas, aunque en realidad solo confirmaba lo que Jonathan ya había descubierto. Montgomery era un hombre que prefería volar, no permanecer atrapado en los confines agobiantes de una ciudad, y sabía exactamente cómo hacerlo sin morir en el intento. El estado actual del Endeavor no disminuía la opinión que Jonathan tenía de él; bien sabía que el peligro acechaba en las sombras.

Tras la partida de Montgomery, Jonathan marcó el código en la sólida caja fuerte y abrió el compartimento principal, sacando un viejo cuaderno de cuero y un estuche de mapas maltrecho. Extendió el mapa sobre su escritorio, pesando las esquinas con algunos objetos, y abrió de par en par el cuaderno. Ninguno de los dos contenía marcas en alguna lengua humana, los cifrados guardando sus secretos con recelo, mientras consultaba uno con el otro. La reparación del Endeavor llevaría meses, incluso con la ayuda del Rey Iluminado, y tendría mucho trabajo que hacer en ese período.

Ir simplemente hacia el este no era suficiente. Incluso con lo mejor que podía ofrecer el Vigía, tendrían que descansar, reabastecerse, orientarse y reparar cualquier daño que hubieran podido sufrir en la oscura desolación. A lo largo de sus numerosas expediciones, incluso en la última, fallida, había cartografiado minas en ruinas, ciudades abandonadas, oasis aislados y migraciones de caravanas por razas que el Rey Iluminado desconocía. Recursos como esos, especialmente vetas de terrostita en crudo para destilar más combustible de zint para su nave, serían de suma importancia en su travesía.

El sonido de campanas interrumpió su trabajo, y levantó la vista de los papeles, tomando su sombrero y su bastón del perchero y abriendo el pestillo del balcón. Salió al exterior, mirando hacia el cielo mientras las campanas de advertencia resonaban en la ciudad, y los soldados de la corona ordenaban a la gente que despejara las calles. A su alrededor, otros ciudadanos salían al aire frío, y los focos de zint se alzaban en dirección ascendente. En un principio no se veía nada, luego comenzaron a vislumbrarse algunos copos brillantes que caían lentamente.

Lejos y hacia el cielo, Jonathan podía distinguir los tenues destellos azules y verdes en la negrura del firmamento, delineando la inmensa masa de un conjunto de glacilium, criaturas de hielo de tamaño montañoso que migraban hacia el sur en su viaje anual. Era un tema de acalorado debate si traían consigo el invierno o simplemente lo anunciaban, pero la nieve que caía desde sus laderas superiores siempre cubría Beacon de blanco al pasar. Con esa nieve llegaban las alas de glacium que habitaban en los colosos flotantes, criaturas aladas y molestas que podían causar daños reales a los civiles desprevenidos.

Jonathan no era ni desprevenido ni civil, por lo que permaneció afuera observando cómo el glacilium cruzaba el cielo. La nieve pasó de unos pocos copos a una verdadera tormenta, transformando los haces de los focos en manchas brillantes, y los soldados se apresuraron a las cimas de las torres distribuidas por todo el barrio para lidiar con las plagas. Se apoyó en su bastón, una mano sujetando su sombrero mientras una ráfaga repentina de viento amenazaba con

arrebatárselo, y observó las armas que los soldados estaban montando. No parecían rifles de ninguna clase que hubiera visto antes, con un tubo de acero sobredimensionado y conductos de vidrio.

Cuando la primera sombra apareció en lo alto, tuvo su respuesta, ya que las armas zint emitieron un zumbido y lanzaron destellos de luz que, en rápida sucesión, destruyeron la criatura antes de que emergiera por completo de la tormenta de nieve. Cayó al suelo inerte en las calles desiertas, ennegreciendo la nieve con su sangre. Jonathan reflexionó pensativo. Nunca había visto esas armas antes, pero sin duda serían útiles en la travesía hacia el este.

“Los barrenderos van a tener mucho trabajo,” comentó, aparentemente para nadie en particular. Por unos segundos solo se escucharon los zumbidos de las armas zint y los lamentos de los glaciwings heridos, hasta que Eleanor apareció tras él en la vista. Ella vestía un abrigo más grueso que antes, y su propio sombrero estaba firmemente asegurado, mientras lo miraba con una expresión de desaprobación.

“¿Cómo es que haces eso?” preguntó, cruzándose a su lado en el balcón. Sus botas no dejaban huellas en la nieve. Él solo se echó a reír.

“¿El Consejo Espejado ha tomado una decisión?” preguntó Jonathan con tono moderado.

Quizá. Has mencionado por qué quieres que vaya, pero ¿por qué debería querer ir? Eleanor apartó un mechón de cabello que le cubría el rostro con un ceño.

“¿Aparte de secretos, tesoros y mitos?” Jonathan sonrió y volvió la vista al cielo. “¿Crees que el Consejo Espejado sospecha que su herramienta no les es realmente leal?”

“¿Eso es una amenaza?” preguntó Eleanor, con voz dura, mientras su daga aparecía en su mano.

“De ninguna manera,” le aseguró Jonathan. “Solo hacía una observación sobre tu carácter. Aunque he estado fuera por un tiempo, la Eleanor que conozco no profesaría un cariño especial por tales empleadores.”

“Es un látigo corto,” admitió Eleanor, tras una pausa en la que la arma zint zumbó y lanzó a un glaciwing que se estrelló contra el edificio opuesto. “Esto tiene que ser algo increíble, Jonathan, y no me refiero a tonterías de luz solar. O quizás ni vuelva.”

“Quizá deberíamos entrar,” sugirió, mirando alrededor a las calles cubiertas por la nieve. Eleanor siguió su mirada, se encogió de hombros y abrió la puerta del balcón. Él la siguió adentro y la cerró tras ellos, cerrando las cortinas mientras ella se desplomaba en una silla de invitado, observando el mapa con atención crítica.

“Sabes que puedo leer eso, ¿verdad?” preguntó ella.

—No sabía que pudieras leer eso—, dijo Jonathan, colgándose de nuevo su sombrero y bastón y acomodándose en la mesa. —Tendré que cambiar los cifrados otra vez—.

—Eh—, ella agitó la mano para rechazarlo—. No puedes ocultarlo del Consejo y, seguramente, somos los únicos que tal vez podamos hacerlo. Pero tengo la sensación de que hay algo más que esta loca persecución en marcha; puedo olfatearlo. Esa última expedición no fue realmente un fracaso, ¿verdad?—.

—¿Puedes imaginar qué pasaría si se supiera que voy tras un tesoro imposible?—, preguntó Jonathan con diversión, y buscó en su chaqueta la moneda. La levantó para mostrarla, captando su atención, antes de cerrarla en su puño—. No eres la única que sospecha. La corona también enviará a alguien.—.

—¡Vamos, eso no es algo que se vea a menudo!—, exclamó Eleanor, sentándose erguida. —¿A quién manda Su Majestad? ¿A uno de esos Guardias Lux? Esas cosas me dan escalofríos.—.

—No tengo idea—, respondió Jonathan, aunque no le agradaba la sensación que le daban los élitos sin rostro, armados con armaduras—. Solo me advirtieron que llevaremos a un pasajero que representará los intereses de la Corona.—.

—Eso será divertido—, dijo Eleanor, jugando distraídamente con la moneda—. Creo que desempolvaré alguna de mis viejas identidades. —Jonathan miró sus manos y levantó una ceja—.

—Ahora sí que has impresionado—, dijo, extendiendo la mano. Eleanor le dedicó una sonrisa satisfecha y le dejó caer la moneda en ella. La acomodó de nuevo en su bolsillo, palpándola para asegurarse de que seguía allí después de hacerlo.

—Ya era hora de que te saliera una—, sonrió.

—Y eso demuestra por qué prefiero tenerte a mi lado—, dijo Jonathan entre risas. —Después de todo, las expediciones son peligrosas. Pero la cuestión es que quizás eso te dé la oportunidad de escapar de tus cadenas—. No mencionó que, si no tenían éxito, lo más probable era que no regresaran en absoluto.